

que en realidad aquella denominación de *cuero expedicionario del Mediterráneo* parecía indicar una intervención en el centro ó en el Mediodía de Italia, y además la alusión de M. Barrot á una crisis inminente en los Estados romanos no dejaba ninguna duda acerca del destino de las tropas que habían de embarcarse. Pero si bien parecía cierto que el objetivo de la expedición sería Roma, en todo lo demás reinaba la obscuridad más completa. ¿Cuál sería el carácter de la empresa? ¿Dentro de qué límites se contendría? ¿En qué espíritu se iba á inspirar? Había verdadera avidez por que se aclararan más todos estos puntos. Para ello fueron llamados al seno de la comisión el presidente y el ministro de Negocios extranjeros.

Los ministros confesaron sin dificultad que el objetivo de su solicitud era la situación de los Estados romanos y afirmaron rotundamente que Francia no uniría su acción á la de ningún otro Estado, añadiendo con no menos claridad que nuestra expedición tendría el doble objeto de anticiparse á la intervención austriaca y de impedir que el espíritu reaccionario arrebatase á los romanos las libertades conquistadas. Sobre todos estos puntos hubo completa unidad de miras entre el gabinete y los individuos de la comisión; las susceptibilidades comenzaron á despertarse cuando M. Barrot y M. Drouyn de Lhuys hicieron observar que Francia jamás había reconocido la República romana, pero se calmaron en cuanto los ministros manifestaron que, según las informaciones de sus agentes, la intervención sería acogida en Roma como un beneficio, no como una amenaza. Estas explicaciones eran suficientes en concepto de los miembros de la derecha y aun de los mismos republicanos moderados; sin embargo, los representantes de la Montaña quisieron llevar la discusión hasta el fin: «Si la República romana, dijeron, se niega á recibir las tropas de la República francesa, ¿qué hará el gobierno? ¿Restablecerá al papa en su trono temporal contra la voluntad del pueblo romano?» ¿Contestaron los ministros afirmativamente á esta pregunta, indiscreta á fuerza de ser categórica, como han asegurado M. Germán Sarrut y M. Schœlcher? ¿Formularon, por el contrario, como han declarado otros, una respuesta negativa ó simplemente evasiva (1)? No ha sido posible descubrir la verdad entre estas dos opiniones contradictorias.

Después de aquella conferencia, M. Odilón Barrot y M. Drouyn de Lhuys se retiraron teniendo segura una mayoría en la comisión.

M. Julio Favre fué nombrado ponente, y en la sesión de la noche subió á la tribuna y en medio de la curiosidad general dió lectura de su trabajo.

A pesar de las explicaciones de los ministros existía ya cierto equívoco acerca de las miras del gobierno; pues bien, M. Julio Favre, involuntaria ó intencionadamente, acentuó este equívoco en vez de desvanecerlo. La expedición romana era una de esas empresas que presentan un doble aspecto: si se anticipaba á la acción de Austria, si era bien acogida en Roma, si al restablecer al papa se estipulaban amplias garantías para el pueblo romano, era una obra de liberalismo; si, por el contrario, Roma cerraba sus puertas á nuestros solda-

(1) Véase el *Monitor* del 17 de abril de 1849.

dos, podía resultar, por la fuerza misma de las cosas y aun contra los propios deseos del gobierno, una obra de represión. Sea porque quisiera reunir una mayoría, sea por convencimiento de que no se opondría ninguna resistencia á nuestras tropas, el gabinete no había dejado ver más que el lado liberal de su proyecto; y M. Favre amplió, hasta el punto de transformarlas, las declaraciones gubernamentales. Las seguridades ofrecidas por el ministerio trocarón al pasar por su pluma en una verdadera garantía en favor de la República romana, y por uno de esos artificios en que era maestro consumado, tomó acta solemnemente de esta supuesta garantía, á fin de poder encontrarla algún día si era necesario. «De las explicaciones del señor presidente del consejo y del señor ministro de Negocios extranjeros, decía, resulta que el pensamiento del gobierno no es que Francia contribuya á la sujeción de la República en la actualidad existente en Roma, sino obrar con libertad, sin solidaridad ninguna con las demás potencias... Es, pues, preciso que el gobierno no abdique de sus principios para coadyuvar á la destrucción de una soberanía independiente; es necesario impedir que Austria utilice los derechos de la guerra y los privilegios de la victoria. La comisión, unánimemente convencida de que Francia no hará flotar su bandera al lado de la de Austria y de que el gobierno no abusará del derecho que le otorgaréis de ocupar momentáneamente un punto de Italia, os propone que declaréis la urgencia y que paséis inmediatamente á la discusión de los artículos.»

Así habló Julio Favre. Los discursos que después se pronunciaron no llevaron ninguna luz al debate: M. Manuel Arago y Ledru-Rollín, órganos de la Montaña, defendieron con las declamaciones de costumbre á la República romana que tenía á sus ojos el doble mérito de ser una República y de haber destronado al papa; el general Lamoricière, en lenguaje firme y sensato, hizo observar que lo más urgente era anticiparse á Austria y que había algo más sagrado que la República romana, y era la libertad de los romanos; y en cuanto á M. Barrot, habló largo rato y no sin energía entre las interrupciones de la extrema izquierda, diciendo clara y terminantemente qué era lo que no quería. «No queremos, dijo, unir nuestra bandera á la de Austria... No queremos una restauración en los Estados romanos fuera de los principios liberales... No iremos á Italia para imponer un gobierno á los italianos.» Pero el presidente del consejo no fué tan explícito al decir qué era lo que quería; teniendo sobre todo gran cuidado de dejar en la sombra la eventualidad de una resistencia por parte de los romanos, sin que pudieran vencer su reserva las apremiantes interrupciones que al final de la sesión le hizo M. Schœlcher. Esta reserva se explicaba por las exigencias de la táctica parlamentaria. Había en la Asamblea tres partidos: la derecha, favorable en absoluto; la Montaña, enteramente hostil, y finalmente los republicanos moderados, que si bien se prestaban á una inteligencia entre el papa y sus súbditos, habrían retrocedido ante la perspectiva de la destrucción de la República romana. Era preciso contentar á este último partido, si se quería tener una mayoría, y para contentarle se necesitaba presentar la expedición más bien como un arbitraje que como una operación militar. Aña-

damos que M. Barrot al desempeñar este papel obraba sinceramente, pues estaba convencido, como la generalidad, de que los romanos no llevarían su locura hasta el punto de rechazar nuestras armas. Después de grandes clamores de la Montaña, fué adoptado por 395 votos contra 283 el artículo primero del proyecto; el segundo fué votado por el procedimiento de sentados y levantados, y cuando llegó la votación sobre la totalidad de la ley, la extrema izquierda trató de promover con su abstención la anulación del escrutinio. Esta estrategia dió de momento el resultado que los abstencionistas se proponían; pero al día siguiente verificóse una segunda votación y el crédito fué aprobado por 388 votos contra 161.

El día 14 de abril, M. d'Harcourt había dejado comprender á los plenipotenciarios de las potencias católicas que acababan de reunirse en Gaeta para conferenciar, cuáles eran las resoluciones de su gobierno (1), y algunos días después, siguiendo las instrucciones de París recibidas (2), anunció al cardenal Antonelli, ministro del papa, y á los diplomáticos, sus colegas, la próxima intervención del ejército francés. Pío IX acogió esta comunicación con una alegría mezclada con cierta sorpresa y también acaso con algo de aprensión, porque debió de preguntarse cuál sería el precio de este apoyo durante tanto tiempo regateado y tan súbitamente ofrecido. En cuanto á las potencias, extrañaron asimismo aquel celo repentino después de tanta lentitud. Hasta entonces el gabinete francés habíase ocupado, al parecer, principalmente de confiar á los Estados secundarios, á Nápoles, á Cerdeña y á España, el cuidado de restablecer el orden en los Estados pontificios, y en la primera sesión de la conferencia de Gaeta, celebrada el 30 de marzo, nuestros plenipotenciarios no habían omitido nada para hacer prevalecer estos propósitos; de aquí la sorpresa de tan brusca é inexplicable evolución. Además, al asombro mezclábase el despecho porque á la acción combinada de los Estados aliados se substituía la acción aislada de Francia. Ni Austria, ni España, ni Nápoles quisieron, sin embargo, retirar la ayuda que habían prometido, y cada una de ellas, separadamente y sin ponerse de acuerdo, mostróse celosa y quiso trabajar en aquella empresa. Los austriacos habían entrado ya en las Legaciones; las tropas napolitanas iban á penetrar en los territorios meridionales de los Estados pontificios, y los españoles no tardarían en desembocar en Terracina. Pero estábale reservado á Francia el presentarse delante de Roma para negociar ó para combatir: á ella correspondía el papel principal y á ella incumbía también la principal responsabilidad.

### VIII

Hacía tiempo que se habían concentrado en Tolón y Marsella numerosas fuerzas que no esperaban sino la orden de ponerse en marcha. Estas fuerzas constituyeron el núcleo del *cuero expedicionario*, que se compuso de trece batallones de infantería, un regimiento de cazadores montados, tres baterías de artillería y dos com-

(1) Actas de las conferencias de Gaeta, sesión del 14 de abril de 1849.

(2) Despacho del ministro de Negocios extranjeros á los señores d'Harcourt y de Rayneval, 17 de abril.

pañías de ingenieros. Fueron distribuidas en tres brigadas, puestas á las órdenes de los generales Mollière, Levallant y Chadeysson. Estas tres brigadas formaron una división que fué concentrada en manos del general Regnaud de Saint-Jean-d'Angely. Finalmente, el general Oudinot, duque de Reggio, hijo del ilustre mariscal del mismo nombre, fué investido del mando superior, con el título de general en jefe. La escuadra, compuesta de siete fragatas y seis buques de menor tonelaje, fué confiada al contraalmirante Tréhouart. Como la mayor parte de las disposiciones se habían tomado antes del voto de los créditos por la Asamblea, el embarque pudo efectuarse en seguida. El 22 de abril, el general en jefe embarcóse á bordo del *Labrador*, con las brigadas Levallant y Mollière. La brigada Chadeysson, que había de partir algunos días después, quedóse interinamente en Tolón. La escuadra hizo rumbo hacia Civita-Vecchia (3).

Odilón Barrot, en el curso de los debates parlamentarios, no había dudado que los romanos recibirían á los franceses como amigos. Los preparativos de la expedición se resintieron de aquella peligrosa confianza. Las dos brigadas Mollière y Levallant sumaban un efectivo de siete mil quinientos hombres apenas, y todo el cuerpo de ejército, incluso la brigada Chadeysson, no pasaba mucho de diez mil hombres. Disponíanse á presentarse ante una ciudad de doscientas mil almas, rodeada de fortificaciones, y no habían embarcado más material de sitio que algunas máquinas destinadas á vencer, en caso de necesidad, la resistencia de Civita-Vecchia. Además, las tropas especiales, artillería é ingenieros, eran insuficientes. Las instrucciones del ministro de Negocios extranjeros al general Oudinot, aunque algo más precisas que las declaraciones hechas á la Asamblea, tampoco admitían la hipótesis de una lucha á mano armada y no dictaban ningún plan de conducta en previsión de esta eventualidad. El general tenía orden de presentarse en los Estados romanos como mediador, no como adversario. Bajo ningún pretexto había de reconocer la República romana. Tenía que ir á Roma, pero después de haber adquirido la seguridad de que sería bien recibido. El ministro esperaba que la aparición de las tropas francesas, dando ánimos á las personas de bien, suscitaría una reacción favorable al Soberano Pontífice (4). La orden del día del general en jefe, en el momento de ponerse en marcha, había reflejado fielmente la indecisión de aquel programa.

El 23, por la tarde, la escuadra llegó á la altura del cabo de Córcega. En un consejo celebrado á bordo del *Labrador* se acordó enviar como parlamentario al jefe de escuadrón Espivent, acompañado del capitán Durand de Villiers y del secretario de embajada agregado á la expedición, Sr. de la Tour d'Auvergne; los tres pasaron á bordo del *Panamá*, que á toda prisa les transportó á Civita-Vecchia.

Hacía tiempo que en los Estados romanos preocupaba mucho la eventualidad de una intervención francesa. Los créditos recientemente votados por la Asamblea constituyente habían confirmado aquel rumor. Pero nadie creía que la ejecución siguiese tan de cerca al voto

(3) El general Vaillant, *Sitio de Roma*, págs. 2, 3 y 165-166.  
(4) *Monitor* de 1849, pág. 1795.



de la Cámara. Así es que el gobierno romano no había dado á sus agentes ninguna instrucción relativa á consentir ó oponerse á su desembarque. El gobernador de Civita-Vecchia, Sr. Manucci, era un joven abogado de ideas republicanas. Su sorpresa fué grande al ver llegar á los emisarios del general Oudinot. El hubiera resistido, como se lo aconsejaban algunos jefes de la guarnición; pero la plaza no se hallaba en estado de defensa. Pedir instrucciones á Roma era imposible, pues los parlamentarios exigían una contestación inmediata. Intimidado por la sorpresa del acontecimiento, Manucci tomó la resolución de consultar al consejo municipal: esto equivalía á renunciar á la lucha; pues los consejos municipales, en tratándose de evitar un bloqueo á su ciudad, son raramente belicosos. La actitud de Espivent acabó de disipar las dudas. Fiel á las intenciones conciliadoras de su gobierno, manifestó que «la voluntad de la mayoría de las poblaciones romanas sería respetada; que el gobierno de la República francesa no tenía más objeto que el de mantener su legítima influencia; que todos los víveres se pagarían al contado.» Redactóse una declaración en este sentido. El consejo municipal resolvió que el general en jefe y sus tropas serían recibidos como amigos. El *Panamá* se hizo otra vez á la mar y llevó á la escuadra la noticia del buen éxito de aquella primera negociación.

El 25 de abril, á las diez de la mañana, la escuadra francesa llegó delante de Civita-Vecchia. Casi al mismo tiempo entraron en el puerto dos buques italianos que transportaban unos mil cazadores lombardos, á las órdenes de un tal *Manara*. Eran voluntarios que acudían en auxilio de la República romana. El general Oudinot les impidió desembarcar en Civita-Vecchia, pero les dejó libres de hacerlo en cualquier otro punto de la costa y se contentó con exigirles la promesa de que no entrarían en Roma antes del 4 de mayo: los lombardos desembarcaron en Porto d'Anzio y el 29 estaban en Roma. En cuanto á las tropas francesas, su desembarque se efectuó en seguida, en medio de una población más bien simpática que hostil. El general en jefe fué recibido por el municipio. Su lenguaje fué tal que no desvaneció ninguna esperanza. En un manifiesto á los habitantes de los Estados romanos afirmó que «la República francesa quería dar una prueba manifiesta de su simpatía por la nación romana. Recibidnos como hermanos, y justificaremos este título... Protegeremos el honor militar de vuestras tropas asociándolas á las nuestras para asegurar el orden y la libertad.» Al mismo tiempo, los soldados franceses se diseminaron por la ciudad fraternizando con el pueblo. Plantáronse mástiles en que la bandera italiana flotaba al lado de la bandera tricolor. Poco después, llegaron apresuradamente de Gaeta dos emisarios para tomar posesión de la ciudad en nombre del Padre Santo: el general Oudinot no quiso prestarse á aquella restauración prematura é invitó á los legados del Papa á que volviesen á embarcarse. Mientras tanto, ¿qué ocurría en Roma?

Después de la batalla de Novara, el poder ejecutivo se hallaba en manos de un triunvirato compuesto de los señores Armellini, Saffi y Mazzini. Luego había llegado la noticia de la represión de los disturbios de Génova y la restauración del gran duque de Toscana. Estas noticias habían aumentado la agitación. La demagogía,

arrojada de todos sus refugios, había refluído hacia Roma como á un postrer asilo. A los demagogos se unieron los patriotas sinceros, pero extraviados, que consideraban la República romana como el último baluarte de la independencia. Amotinados expulsados de Génova, lombardos privados de su patria, boloneses temerosos de la reacción austriaca, todos se dirigieron hacia la ciudad pontificia, la llenaron de tumulto y empezaron á organizar en ella sus legiones. Avezzana, ex comandante de la guardia nacional genovesa, fué nombrado ministro de la Guerra. La influencia de Mazzini, ya grande, dominó por completo, eclipsando la de sus colegas.

Tal era el estado de la ciudad, cuando, en la noche del 24 de abril, se supo la llegada de Espivent á Civita-Vecchia y el próximo desembarque de las tropas francesas. Los triunviros convocaron con toda urgencia á la Asamblea constituyente, que en términos enérgicos protestó contra la intervención. El 25, por la mañana, la noticia cundió por toda Roma. Muchos liberales constitucionales y republicanos moderados opinaron que la mediación francesa, aceptada de un modo franco, sería el mejor medio de evitar la reacción austriaca. Pero esta opinión, tímidamente expresada, fué pronto ahogada por los clamores de los clubistas y los demagogos extranjeros que se diseminaron por la población predicando la resistencia. El triunvirato se asoció á esta actitud belicosa, dirigiendo un manifiesto al pueblo y una circular á los gobernadores de provincias. La jornada concluía en medio de tales agitaciones, cuando el teniente coronel Leblanc, enviado del general Oudinot, llegó de Civita-Vecchia.

Acompañado de Forbin-Janson, secretario de la legación francesa que se había quedado en Roma, Leblanc se avistó con los triunviros Mazzini y Saffi. Armellini, el más moderado de los tres, estaba ausente. El teniente coronel Leblanc, después de hacer resaltar la acogida hecha á los soldados franceses en Civita-Vecchia, expuso que los deseos de Francia eran atajar á Austria en sus designios, atender á las aspiraciones del país y establecer un acuerdo sincero entre Pío IX y los romanos. Pero este lenguaje provocó en los triunviros una incredulidad desdenosa. Mazzini se encargó de contestar á los enviados franceses: «La amenaza de una intervención austriaca carece de fundamento; además, intervenir uno de improviso para impedir la intervención de otro, es traer un mal inmediato, con el pretexto de conjurar un mal remoto. Esa supuesta protección se parece mucho á una servidumbre. En cuanto á una conciliación entre el Papa y los romanos, no hay que hablar, puesto que el pueblo ha manifestado su voluntad de vivir en República.» Tan altivo lenguaje no permitía esperar acuerdo alguno. Los delegados insistieron sobre las simpatías que las tropas francesas habían encontrado en Civita-Vecchia. «Civita-Vecchia ha sido engañada,» contestó Mazzini. «En resumen, preguntaron después de agria discusión Leblanc y Forbin-Janson, ¿los franceses serán recibidos en Roma como amigos ó como enemigos?» Mazzini no ocultó que todos sus sentimientos personales le inclinaban á la resistencia, pero añadió que se consultaría á la Asamblea. Esta fué consultada en efecto, y, el 26 de abril, publicó un decreto confiando «á los triunviros el cuidado de sal-

var la República y rechazar la fuerza con la fuerza (1).»

Desde aquel momento triunfó el partido de la guerra. Cubrióse de barricadas la parte occidental de la ciudad por la cual se suponía que los franceses podían llegar. Se hizo una requisita de armas y caballerías. Varias partidas de patriotas recorrieron las calles gritando «¡mueran los franceses!» Otros, más políticos, proponían redactar un manifiesto para distribuirlo entre la tropa francesa á fin de desviarles del cumplimiento de su deber militar. Esta agitación cundió fuera de Roma y operó un cambio en la actitud de los habitantes de Civita-Vecchia; tanto que el general Oudinot decretó el estado de sitio, hizo ocupar la ciudadela, desarmó á la guarnición, secuestró una remesa de fusiles enviados á Roma y prohibió que el consejo municipal se reuniese. Como el prefecto Manucci protestara, se le prendió al mismo tiempo que el triunvirato decretaba su procesamiento por haber capitulado.

Parecía natural que, en vista de los acontecimientos, el general Oudinot se abstuviese de todo movimiento ofensivo hasta que refuerzos de Francia le permitieran una acción segura y decisiva. La prudencia militar le aconsejaba esta conducta. Pero, por otra parte, sus instrucciones le obligaban á activar su marcha hacia Roma, con la esperanza de que su llegada infundiría alientos al partido del orden y determinaría una reacción contra los demagogos extranjeros, opresores de la ciudad. ¿Existía aquel partido del orden y era capaz de semejante esfuerzo? El general Oudinot lo creyó así, en vista de los informes afirmativos que recibía. El 26 de abril, Forbin-Janson le escribió de Roma que la guardia cívica se abstendría de tomar parte en la resistencia, que los carabineros deseaban la vuelta del papa y guardaban en el bolsillo la escarapela pontificia, y que la legión romana no era más belicosa que la guardia cívica. Afirmábase que la fuerza pública de Roma no excedía de ocho ó nueve mil hombres. Según Forbin-Janson, Mazzini y su partido no tenían más apoyo que tres ó cuatrocientos extranjeros y energúmenos del *Círculo popular*: la población no secundaría sus esfuerzos desesperados, pero, tímida por naturaleza, no manifestaría sus verdaderos sentimientos hasta saber que el ejército francés marchaba hacia Roma. Y como para vencer los últimos escrúpulos, el secretario de la legación añadía: «La seguridad de los súbditos y de los establecimientos franceses está muy interesada en la pronta llegada de las tropas (2).» Ciertamente que el cónsul de Francia en Civita-Vecchia anunciaba, al mismo tiempo, que todo el mundo estaba por la resistencia, é hizo llegar al ministro de Negocios extranjeros la expresión de sus alarmas (3). Pero era natural que se diese más crédito á las afirmaciones de Forbin-Janson, que se encontraba en Roma, que á las del cónsul, que se hallaba lejos de esta capital. El caso es que los datos recogidos por Forbin-Janson en los días 23, 24 y 25 de abril eran exactos entonces, pero dejaron de serlo á partir del 26, pues en cuarenta y ocho horas la facción

demagógica creció singularmente en fuerza y en audacia. En la imposibilidad de luchar contra la corriente, los moderados se habían abandonado á ella. Se anunciaba la próxima llegada de Garibaldi, de los lombardos de *Manara* y de otras tropas voluntarias, y el anuncio de tales refuerzos daba aliento á los belicosos. Justo es añadir que aquella invasión imprevista hirió el amor propio de una gran parte de la población romana. Desde su cuartel general, Oudinot no podía darse cuenta del estado de la opinión. No creía que la población romana opusiese resistencia al ejército francés. Por esta razón concibió el designio de marchar hacia Roma. Su falta consistió en pensar más bien como político que como militar; porque si hubiese pensado como militar, hubiera previsto, en todo caso, la resistencia; hubiera pensado sobre todo que era demasiado tarde para intentar una sorpresa, y que las tropas francesas eran demasiado escasas para arriesgar un ataque á viva fuerza.

El general en jefe dejó en Civita-Vecchia una guarnición de mil setecientos hombres, y con el resto de su ejército, que apenas excedía de cinco mil hombres, partió el 28 de abril, al despuntar el día, camino de Roma. Por la noche, después de una etapa de nueve leguas, acampó en Palo. El día siguiente, 29, llegó á Castel-di-Guido. Como era todavía temprano, el comandante en jefe envió de descubierta á uno de sus oficiales con unos quince cazadores montados, quienes se aventuraron hasta dos leguas de Roma; allí tropezaron con un retén que les recibió con una descarga. Aquella escaramuza pareció de mal augurio para el día siguiente, y no se equivocaban, pues de hora en hora se afirmaban las resoluciones belicosas en los adversarios. Garibaldi y el batallón lombardo de *Manara* habían llegado ya. Habíase declarado el estado de sitio, prohibido toda publicación de boletines y creado una comisión marcial. Se habían fortificado barricadas y organizado las ambulancias. Habíanse designado oradores para inflamar el ardor popular. Como si se hubiese querido dar á la lucha las apariencias de una guerra santa, se había resuelto exponer el Santísimo Sacramento en las iglesias, á fin de implorar á Dios durante la batalla (4).

El 30 de abril, á las cuatro de la mañana, el ejército se puso otra vez en marcha. Seguía aquel camino de Civita-Vecchia por el cual, antes de construirse las vías férreas, casi todos los turistas de Francia llegaban á la ciudad eterna. En Maglianella los soldados se desembarazaron de las mochilas en previsión de un combate. Ya llegaban á Roma; pero no encontraban á nadie en el camino, y las casas estaban desiertas; de trecho en trecho veíanse carteles pegados en las paredes y recordando el texto del artículo 5.º de la Constitución francesa: «La República francesa respeta las nacionalidades extranjeras, y no emplea jamás sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo.» A pesar de aquellos síntomas hostiles, el ejército siguió adelante. Por este lado Roma se halla defendida por un recinto bastionado y provisto de cinco puertas: la puerta Portese, al Sur, cerca del Tíber; la puerta de San Pancraccio, cerca

(1) Sesión de la Asamblea constituyente romana del 26 de abril.

(2) Despacho de Forbin-Janson al general Oudinot, 26 de abril de 1849 (*Histoire de l'expédition de Rome*, por M. Leopoldo de Gaillard, págs. 169, 170 y 434).

(3) Véase el *Monitor* de 1849, pág. 1708.

(4) *Recueil des actes officiels de la République romaine*, páginas 78, 81 y 85.



del Janículo; la puerta Cavallagieri y la puerta Fabrica que conducen á la plaza de San Pedro, y la puerta Angélica, enteramente al Norte y al otro lado de la parte saliente del Vaticano. La cabeza de la columna ya sólo distaba unos ochocientos metros de la puerta Cavallagieri, y aún no había encontrado ningún enemigo, cuando de pronto dos cañonazos de metralla disparados contra la vanguardia francesa desvanecieron toda duda acerca de la acogida que esperaba al ejército de Oudinot. Inmediatamente, varias compañías de infantería y cazadores de á pie se desplegaron en guerrillas por las colinas á derecha é izquierda, atacando con vigor. Al mismo tiempo varias piezas de artillería, instaladas en una meseta á la derecha del camino, se dispusieron á contestar al fuego de la plaza. Pero los romanos estaban á cubierto detrás de las murallas, mientras que los franceses tiraban á descubierto. Habiendo disminuído un instante el fuego del enemigo, Oudinot formó una columna de ataque que avanzó, al mando del general Mollière, hasta muy cerca de la muralla; pero fué recibida con un fuego tan mortífero, que se vió obligada á retroceder y á rehacerse en un punto menos expuesto. Aquella tentativa se repitió varias veces con igual mala fortuna. Guiados por un plano antiguo, los franceses buscaron una puerta que desde hacía mucho tiempo no era más que una poterna tapiada. La puerta más próxima era la de Cavallagieri; mas para llegar á ella y entrar en la ciudad había que recorrer una gran distancia bajo el fuego directo de la plaza, de manera que semejante esfuerzo no hubiera hecho más que aumentar la efusión de sangre.

El mal éxito de aquella primera operación ¿había de hacer renunciar á la lucha? El capitán Fobar, ayudante del general Oudinot, que había estado en Roma pocos días antes, propuso intentar una diversión hacia la puerta Angélica. Esperábase intimidar al enemigo atacándole por diferentes puntos. Además los franceses, á pesar de todas las apariencias contrarias, contaban todavía con las buenas disposiciones de la población transtiberina. El capitán Fabar fué escuchado y encargado de servir de guía á la brigada Levaillant, que se componía del 36.º regimiento de línea, una pequeña parte del 66.º y dos piezas de artillería. Dos caminos conducían á la puerta Angélica: uno largo, pero abrigado, y otro más corto, pero descubierto. Eligióse este último. En su marcha, la vanguardia de la columna fué acosada por el fuego de las murallas, á ciento cincuenta metros de distancia solamente. El capitán Fabar fué muerto; los caballos de la primera batería cayeron heridos; la infantería buscó algunos abrigos y continuó mucho tiempo el tiroteo. Hasta el anochecer no pudo aquella tropa reunirse con el resto del ejército.

El ataque de la puerta Angélica había fracasado como el de la puerta Cavallagieri. A este doble fracaso agregóse un incidente desgraciado. El comandante Picard, con algunas compañías del 20.º de línea, había sido enviado á la derecha, cerca de la puerta de San Pancracio, á fin de contener á los cazadores que, saliendo del recinto fortificado, tiroteaban á la retaguardia del ejército. El comandante consiguió fácilmente su objeto, y las tropas romanas tuvieron que retroceder hacia la ciudad. Obtenido este resultado, Picard quiso amenazar la puerta de San Pancracio, esperando que

los defensores de Roma acudirían á aquel sitio, lo cual facilitaría la acción del general en jefe. Había empezado ya el tiroteo, cuando de pronto oyóse en la muralla y al otro lado de la puerta el canto de la *Marsellesa*; además vióse á gran número de soldados enemigos avanzar hacia los cazadores franceses con grandes demostraciones de amistad y gritando: *¡La pace!, ¡la pace!, ¡siamo fratelli!* El comandante Picart, separado del grueso del ejército, creyó que el general en jefe había penetrado en la ciudad. Los romanos no vacilaron en confirmarlo en aquella creencia. Le invitaron á entrar y él se dejó persuadir. Una vez dentro, fué rodeado por los voluntarios de Garibaldi, que le desarmaron y encerraron en el castillo de Santo Angelo. Sus soldados, que le habían seguido con igual confianza, cayeron también prisioneros en número de unos doscientos cincuenta. Pocos días después fueron canjeados con un batallón de la guarnición de Civita-Vecchia.

Aquella jornada de 30 de abril había costado á los franceses ochenta muertos y doscientos cincuenta heridos. El general Oudinot, definitivamente enterado de las disposiciones que reinaban en Roma, mandó la retirada de sus tropas. El 1.º de mayo llegó á Castel-di-Guido, y el día siguiente estableció su cuartel general en Palo. Enviáronse los heridos á Córcega, y se esperaron nuevas instrucciones y sobre todo refuerzos de Francia (1).

## IX

El día 3 de mayo circularon en París rumores de un fracaso del ejército de Italia, al mismo tiempo que un periódico anunciaba la entrada de los franceses en Roma; dióse más crédito á las malas noticias que á las buenas, como lo prueba el hecho de haber bajado un franco el cinco por ciento. En los días siguientes, algunas correspondencias particulares que llegaron de Marsella y de Tolón confirmaron los rumores desagradables, y por fin, en 7 de mayo, el *Monitor* anunció en su sección no oficial «que el general Oudinot se había dirigido hacia Roma, pero habiendo encontrado una resistencia más seria de lo que esperaba, había tomado posiciones á alguna distancia de la ciudad.»

La opinión pública en Francia es muy dada á transformar á veces en desastres ciertos reveses, sensibles indudablemente, pero de fácil reparación, y en aquellas circunstancias, además, todo contribuyó á dar al combate de 30 de abril mayores proporciones de las que en realidad tenía. Las pasiones revolucionarias y las pasiones antirreligiosas se unieron para reprobar aquella empresa acometida en provecho del Padre Santo y contra una república; el amor propio nacional se indignó de que nuestro ejército, reputado como invencible, hubiese sido derrotado y lo hubiese sido por los italianos, y en los círculos parlamentarios recordóse el reciente voto de los créditos, afirmando muchos que al votar con el ministerio lo habían hecho en la creencia de que el ejército sería utilizado para una misión no de guerra,

(1) Parte del general Oudinot al ministro de la Guerra, 3 de mayo (*Monitor*, pág. 1749). Despacho del general Oudinot al ministro de Negocios extranjeros, 4 de mayo (*Monitor*, página 1750). Parte del comandante Picard (*Monitor*, pág. 1923). Vailant, *Siege de Rome*, págs. 6 y siguientes.

sino de arbitraje. La misma nota, tan concisa, del *Monitor* contribuyó á aumentar las alarmas fingidas ó reales, pues la gente decía que era preciso que la derrota hubiera sido muy grave para que el gobierno se mostrara tan parco en dar detalles. A falta de informaciones oficiales, circulaban de mano en mano las correspondencias particulares, inspiradas en su mayor parte en el espíritu de partido y que multiplicaban á capricho el número de los prisioneros, de los heridos y de los muertos.

Julio Favre hízose intérprete de esos temores y de esos odios cuando el día 7 de mayo subió á la tribuna. Su lenguaje, casi siempre acerbo, nunca había sido tan amargo como entonces. Comprendiendo que le apoyaba la mayoría, habló más que como adversario, como acusador: «Con pena lo digo, exclamó; lo digo con el sonrojo en la frente, ha corrido sangre francesa, y ha corrido por el papa, ha corrido por el absolutismo. Que la responsabilidad caiga sobre los imprudentes que se han burlado de nosotros, porque hemos sido burlados. (*Aclamaciones y aplausos prolongados en la izquierda.*) He sido engañado y conmigo lo ha sido la Asamblea por la palabra de honor, dada en el seno de la comisión y en plena Asamblea reiterada, de que la expedición no tenía por objeto atacar la República romana... Espero que la Asamblea tomará cartas en tan deplorable asunto; es preciso que intervenga en él para imponer su autoridad y su voluntad, y como esta voluntad ha sido ejecutada por el ministerio de una manera tan desgraciada, no ha de tener confianza más que en sí misma.» Terminó solicitando la destitución de los ministros y del general Oudinot y el envío de comisionados al ejército.

Odilón Barrot negóse, no sin dignidad, á condenar al general en jefe y se opuso al envío de comisionados porque decía que estas misiones extraordinarias traían á la memoria los más tristes recuerdos de la Convención y constituían además una verdadera invasión del poder deliberante en las atribuciones del poder ejecutivo. Aparte de esto, declaróse dispuesto el presidente del consejo á comunicar á una comisión parlamentaria todos los documentos que pudieran ilustrar á la Asamblea.

Inmediatamente se nombró la comisión, que se compuso en su mayoría de republicanos y que después de haber examinado los documentos puestos á su disposición por el gobierno, nombró ponente á M. Senard. No podía oponerse al gabinete mayor adversario: M. Senard, más moderado en la forma que M. Julio Favre, era maestro como ninguno en esas redacciones vagas y ambiguas que en los cuerpos deliberantes atraen á los indecisos y á los débiles. Después de un dictamen muy breve, proponía á la Asamblea que invitara al gobierno «á tomar sin pérdida de momento las medidas necesarias para que la expedición de Italia no se viera durante mucho más tiempo apartada del fin que le había sido señalado.» Esta resolución, á la que se habían adherido la mayoría de los republicanos moderados, fué aprobada por 328 votos contra 241.

La cuestión de Roma, ya oscura hasta entonces, hacíase de todo punto ininteligible. El 16 de abril el ministerio, bien porque quisiera reunir una mayoría, bien por confianza en un éxito fácil y no sangriento,

había dejado envuelto en cierta incertidumbre el carácter de su política en Italia. Pero ¿qué decir de esa orden del día que solicitaba que «la expedición no se viera durante mucho tiempo *apartada de su fin!*» ¿Qué se quería? ¿Qué Francia se aliase á la República romana? Nadie se habría atrevido á pedirlo. ¿Que se repatriara á las tropas? Entonces sí que habría estallado el grito del patriotismo herido. En verdad, el castigo más cruel que hubiera podido imponerse á los coligados del 7 de mayo habría sido obligarles á aplicar por sí mismos el programa que había juntado sus sufragios.

No lograron, sin embargo, este triunfo, ni tuvieron que vencer esta dificultad. En una época normal, un voto tan marcadamente hostil habría determinado la caída del ministerio y producido tal vez una evolución considerable en nuestra política; pero la proposición Rateau había contado, como se recordará, parsimoniosamente los días de la Asamblea. Tres semanas faltaban para la disolución, y sabido es que los moribundos tienen pocas probabilidades de ser obedecidos. El presidente de la República manifestó sin rodeos su opinión é hizo insertar en el *Monitor* una nota en que se declaraba que los ministros no se retirarían; pero aún fué más allá, puesto que escribió al general Oudinot reiterándole sus simpatías y anunciándole el envío de prontos refuerzos. El general Changarnier apoderóse de esta carta bastante poco constitucional, y cual si quisiera robustecerla más, la puso en la orden del día del ejército de París. En cuanto á los ministros, mostráronse más reservados, pero no más dispuestos á obedecer, y su único cuidado fué contemporizar hasta las próximas elecciones: si la nueva Asamblea reflejaba las tendencias de la antigua, tiempo habría de tomar una determinación ó de pensar en retirarse; pero si, por el contrario, los que resultaran elegidos no participaban, como todo permitía esperar, de las desconfianzas ni de los prejuicios de sus antecesores, podría reanudarse sin peligro la política de claridad y franqueza que hasta entonces era necesario disimular.

## X

Había entonces en París un agente político, cuyo espíritu de iniciativa, habilidad y liberalismo se elogiaba mucho: éste era el Sr. de Lesseps. El consejo de ministros resolvió enviarlo á Roma á fin de entablar una postera negociación, casi sin esperanza de éxito, pero destinada á adormecer hasta el último momento la vigilancia recelosa de la Constituyente. A primera vista, esta designación parecía hábil. Lesseps, como cónsul general en Barcelona, había mostrado, en circunstancias difíciles, un valor notable; una larga permanencia en la península ibérica le había familiarizado, sin duda, con las costumbres y el espíritu de los pueblos meridionales: por último, se le atribuían convicciones republicanas acentuadas, de modo que su nombre iba á parecer por sí solo una concesión á la orden del día del 7 de mayo. Sin embargo, el resultado no correspondió más que á medias á las esperanzas fundadas en Lesseps. Tratóbase de una misión casi sacrificada de antemano, imaginada sobre todo para ganar tiempo, y para desempeñarla hubiera sido más apto cualquier diplomático desengañado y escéptico, acostumbrado á las largas prácticas canci-